

Alberto Micheo: compromiso y comprensión del campesinado larense

“...la realidad del mundo campesino se puede comparar con una noche bien oscura...Pero no hay noche que no tenga luceros. También la noche campesina los tiene. Hay realizaciones positivas, auténticas creaciones, que realmente constituyen un brillo de esperanza. El gallo campesino será enano, pero no está muerto. En ese mundo hay vida y como tal engendra criatura interesantes...en el sector campesino han nacido novedosos modelos de vida social y productiva”

Alberto Micheo. El Gallo Enano. UCAB. 1998

Dedicó una parte importante de su vida a descubrir esos ‘luceros’, a contribuir a que alumbraran con luz intensa y liberadora y a respetar sus ritmos y destinos. Eso se puede decir del tránsito de Alberto Micheo, sacerdote jesuita, por las montañas cafetaleras de Lara y Portuguesa. Sus esfuerzos por conocer, comprender y valorar los usos, costumbres y afanes de los campesinos de esas zonas altas; por interpretar sus aspiraciones, frustraciones y comportamientos, han quedado plasmados en valiosos artículos en la Revista SIC, en folletos del Centro Gumilla y en el imprescindible libro acerca de las realidades de la vida campesina *El Gallo Enano*. Sobre todo, esos conocimientos se expresaron en sus múltiples aportes a la constitución y desarrollo de organizaciones campesinas de pequeños caficultores, en cuyos procesos volcó toda la comprensión que iba alcanzando del mundo campesino de esas zonas, acerca de cómo germina y se concreta la acción colectiva y cooperativa de los campesinos. Por eso se puede afirmar que una de las expresiones de su fe y compromiso cristiano se encuentra en su devocionario esfuerzo por comprender la ‘mentalidad’ del campesinado larense, con el cual convivió por más de dos décadas.

Con una sólida formación académica Micheo llega a comienzos de los años 80 a la zona de Guarico-Villanueva en el Municipio Morán de Lara, con la encomienda de contribuir -como parte del equipo del Centro Gumilla- a la organización de familias caficultoras con enormes carencias materiales y sometidas a múltiples injusticias. Desde sus primeros tiempos en la zona comienza a plasmar en artículos en *SIC* una suerte de crónicas que describen lo más fielmente diversas situaciones y personajes que caracterizan los viacrucis, exclusiones y también los sueños del campesinado de esos parajes. Con una mirada que trata de ‘ver’ más allá de las apariencias, que se empina para descubrir lo novedoso, lo diferente, lo valioso de la vida campesina –al margen del tutelaje, de la superioridad del saber académico-, Micheo va observando, captando e interpretando un mundo que no puede ser apreciado sólo desde sus carencias.

Para dar evidencia de su peregrinar, me referiré a dos expresiones de su labor que reflejan esa fecunda búsqueda. Su afán por comprender la vida campesina lo lleva a poner atención en el significado de la *fiesta* en el campo; se pregunta por las razones por las cuales reuniones alegres de gentes afables y cordiales terminan en peleas y, algunas, en bravos hechos de sangre con heridos y muertes. Va descubriendo que campesinos apacibles guardan frustraciones silenciosas debido a históricas exclusiones que experimentaron éstos y sus parientes por generaciones, las cuales pueden desembocar en graves conflictos por motivos menores agudizados en medio del jolgorio y el alcohol. Percibe que, sin embargo, hay un potencial de vida solidaria, de tradición de reciprocidad campesina, en esa fuerza represada por la frustración acumulada y la resolución individual de necesidades. Y ese potencial sólo lo puede liberar la organización entre campesinos, la construcción de un 'nosotros', del colectivo campesino afirmado.

En esa construcción de identidad y organización, contribuyeron intensamente la fe cristiana como fundamento ético y religioso de la cooperación y, la solidaridad en la producción y distribución del café como vivencia organizada. Los aportes del Padre Micheo desde el entendimiento de esa contradicción entre 'frustración histórica' -que genera rabias e impotencia- y el potencial de cooperación, fue valiosísima para orientar mejor los esfuerzos promotores del equipo del Centro Gumilla en la zona.

El aprendizaje de Micheo sobre el mundo campesino se intensifica en la medida que va permitiendo que la vida campesina lo permee, lo influya y le enseñe acerca de sus lógicas, sus significados, sus sentidos. Recuerdo la emotiva narración que hacía de una vivencia en un caserío de la zona referida, en el cual después de su prédica por varios meses sobre la utilidad de adquirir una planta eléctrica, esta se compró pero no se prendía en las noches. Después de mucho preguntar las razones en varias reuniones, un señor muy mayor le responde a Alberto algo así "Padre el día lo hizo Dios para estar despierto y la noche para dormir, por eso será que no prendemos la planta. Usted como Padre tiene que saberlo". El viejo campesino le hizo darse cuenta que la necesidad de la planta eléctrica no era propiamente de los campesinos, sino quizás más de los sacerdotes para quienes la noche no necesariamente era para dormir temprano. Las lecciones que recibía de la "mentalidad campesina" no tuvo limitaciones en reconocerlas, estando muy atento en particular a evitar que el Centro Gumilla no terminara imponiéndole a los grupos campesinos su parecer, bajo el manto del paternalismo, la abnegación o el tutelaje.

En fin, del itinerario vital de Alberto Micheo hay mucho que estudiar y aprender. De su pensar y actuar en el seno del mundo campesino larense existe una fecunda obra escrita y los campesinos con los que compartió siguen afanados en que vuelvan a brillar

con intensidad los luceros que con compromiso cristiano y con pasión de comprender, el Padre Micheo ayudó a encender en las montañas cafetaleras de Lara y Portuguesa.

Nelson Freitez, septiembre 2015